

XXII

ENEMOS todavía un par de marqueses en prosa, pero de tan acentuada insignificancia, que dedicarles un artículo á cada uno parecería verdadero despilfarro.

Vaya, pues, un artículo para los dos, y que se le repartan como puedan.

Ambos son canovistas, de los que ahora se llaman mestizos, cortos de estatura y de entendimiento, y regordetes.

Y no emparejan mal, porque, á mayor abundamiento, para acreditar su indudable entronque con el famosísimo maestro Ciruela, el uno es catedrático y el otro consejero de instrucción pública.

Estos dos marqueses, como aquel otro de Aguilar, de feliz memoria, han escrito también en La Unión (con acento) su artículo correspondiente.

Fué allá por los días en que el periódico de Canga, de Pidal y de todos los católicos que tienen ribetes liberales, quiso hacer alarde de prosperidad, poniendo en correcta formación á todos sus marqueses y demás cola... borroneadores, como los jitanos suelen poner su tradicional mercancía en las ferias.

Por cierto que la manifestación salió tan mala como pudieron ustedes ver en su día por la muestra del marqués de Aguilar, y como podrán ver ustedes hoy por estas dos muestras.

La primera es de el marqués de Badillo 6 de Vadillo; es decir, de picador de toros 6 de vado de poco más 6 menos.

Este marqués no es nuevo del todo, pero escribe tan mal como cualquier otro de los nuevos.. 6 de los viejos. Discurre, digámoslo así, sobre el matrimonio civil, y versificando, como sus compañeros, sin querer, empieza:

«No es nuestro ánimo dar consejos á nadie, ni para tanto nos juzgamos autorizados; mas sí nos parece del caso decir algo sobre una materia que viene tratándose hace días por uno de nuestros colegas,»

Etcétera; que después pone Badila una pica... digo, un párrafo en Flandes... quiero de-

cir en prosa, para volver luego á versificar de esta manera:

«Que el objeto preventivo que estas cartas se proponen y el criterio liberal del señor ministro son parte á que su influencia

sea menos temible,» etc.: que también aquí vuelve el marqués catedrático á la prosa para hablar un poco más adelante de una carta que

«Vió la luz pública el día cuatro del corriente Abril, bajo el epígrafe de «El matrimonio civil.»

Nada, que se ha estropeado aquí un poeta, por no haber conocido su vocación; casi un Ovidio, vamos, un marqués que podía decir de sí mismo como el autor del Ars amandi:

"Quidquid tentabam dicere versus erat."

Porque, efectivamente, á este marqués casi todo lo que intenta decir en prosa le sale en verso. Al revés de lo que les pasa á Cañete y á D. Aureliano, y á Marcelino y á Valera, y á casi todos los académicos, que quieren escribir en verso y les sale prosa.

Pero allá va otra tirada de versos de las que le salen al marqués de Vadillo. Extracta un escrito de otro periódico que habla del contrato y del Sacramento, diciendo que el primero debe «Pertenecer al Estado por derecho natural, puesto que legisla para el ciudadano, como el segundo á la Iglesia que lo hace para el cristiano.»

¡Hasta consonantes! como diría otro marqués, si hiciera sobre el particular un soneto. Y sigue extractando:

«En apoyo de su tesis aduce la autoridad del Concilio de Florencia, invoca el ejemplo de algunos emperadores y monarcas de Edad.... media.»

Y así sucesivamente.

Mas no crean ustedes que todo el mal escribir de este marqués consiste en hacer versos sin saberlo. No; también en los párrafos de prosa, que por casualidad no le salen en verso, dice disparates, como verbigracia:

«Y he ahí por qué todas las legislaciones de todos los pueblos... legislaron

acerca de los efectos civiles del matrimonio y pudieron y debieron...»

Me equivocaba, porque también este párrafo le había salido medio en verso al marqués; pero á lo que íbamos... á lo de las legislaciones... legislaron. ¿Qué les parece á ustedes de un catedrático que escribe que las legislaciones legislaron?... Legislarían los legisladores, señor marqués; pero, hombre, ¡las legislaciones!...

Lo mismo que cuando habla usted de «la indisolubilidad del contrato y del Sacramento en el matrimonio cristiano, unión íntima que se funda,» etc.; lo cual también es otro disparate; porque lo que usted quiere decir es que son inseparables el contrato y el Sacramento, y no se dice así: eso no es indisolubilidad; será inseparabilidad en todo caso. ¿Cree usted que es lo mismo indisolubilidad que unión íntima, para usar estas palabras como sinónimas? Pues no, señor; no lo es. Bien íntima es la unión del cuerpo y el alma, por ejemplo, y no es indisoluble.

Así como también es muy íntima la unión que existe entre los títulos de marqués y de mal escritor, sin que tampoco haya verdadera indisolubilidad, porque basta con no escribir, que es lo que usted debía de hacer, para que la unión ya no exista.

Repito, que lo que usted debía de hacer era no escribir... ¿Qué necesidad tenía usted de que, pretendiendo escribir en prosa, le saliera á usted esta otra tirada de versos?

«¿Pues qué?»

Así, á lo Cánovas... ¿Pues qué? ¡No se pondrá poco hueco D. Antonio cuando sepa que va formando escuela!...

«Pues qué, por ventura ignora cuál es hoy el sentido en que se revuelven por quien puede hacerlo las antiguas cuestiones en el orden al ministro del Sacramento del matrimonio. Desista, pues, de hallar oposición donde hay perfecta armonía, ni menos (ni menos) quiera suponer que la doctrina de la Iglesia es hoy otra de la que fuera en los días primeros de su fundación divina.»

Aquí tienen ustedes versos hasta con asonantes; en fin, un romance menos poético, si cabe, que cualquiera de los del marqués de Heredia.

Y eso que está hecho sin querer; que si estuviera hecho queriendo, todavía sería un poco peor probablemente.

Y ahora verán ustedes cuántos consonantes en ón (con acento) amontonó este miembro de La Unión en la conclusión de su disertación:

«Es decir, y para concluir, que el triunfo de la doctrina que la carta sustenta exige como condición (con acento; todo es con acento en La Unión)... No nos extraña la conclusión, pero queremos sí consignarla como resumen de su celo por la religión... como de continuo afligen el corazón de su madre que hoy, como en el día de la redención, pide al cielo desde el calvario de la persecución, la conversión...»

¿De todos los marqueses que escriben? Amén.

Y vamos al segundo.

Que es verdaderamente un segundo marqués. Es decir, que mientras el anterior viene á ser el último retoño de una de esas dinastías de marqueses que sin haberse nunca distinguido por su robusted intelectual, acaban como las pirámides, en punta; este de ahora, con ser tan parecido á su compañero, es uno de los primeros brotes de otra dinastía de marqueses que está empezando.

Lo cual prueba que las dinastías nuevas de marqueses suelen empezar en eso de las cualidades morales, por donde concluyen las antiguas.

Y basta de reflexiones filosóficas, que al fin y al cabo no son necesarias para decir que el marqués, cuyos ripios van ustedes á saborear, es el segundo de la serie, hijo de un ministro moderado de profesión, que no contento con ser capitalista, quiso ser título. En fin, uno de esos marqueses á quien nadie llama marqueses más que sus criados y algún amigo que otro. El marqués de Pidal, para servir á Cánovas.

Pues este marqués á quien por cierta semejanza material ó moral ó de ambas clases con el celebérrimo escudero, le llaman algunos Sancho Pidal, aunque no se llama Sancho, sino Luis, ha escrito también su artículo en *La Unión*, con el epígrafe de Manchas (es decir, mestizos) en el horizonte.

Lo primero que se echa de ver por el epígrafe, es que el marqués no sabe bien lo que es horizonte. Pero no hay que pararse en pequeñeces.

El artículo empieza:

«En medio de la relativa paz material de que España hoy disfruta...»

Párese un poco, señor marqués, porque ese hoy me parece que es un ripio. Y si no, pruebe usted decir: «de que España ayer disfruta,» ó «de que España pasado mañana disfruta,» y verá Vd. cómo no está bien de ninguna de las dos maneras.

Y luego, ¿para qué dice usted que reinan dos grandes males? ¿No ve usted que pudiera tomarlo alguno por alusión irreverente, y pudiera usted quedar por ello incapacitado para ser ministro de Fomento?

Yo creo que siempre lo ha estado usted, esto es aparte; pero, en fin, usted no lo cree así, según mis noticias, y no debe usted ponerse en peligro por el gusto de escribir en La Unión, así, á santa acierta ó santa yerra.

Allá va uno de los males que reinan... aunque no dice el marqués si gobiernan:

«De un lado, la más desenfrenada licencia, tolerada, si no alentada, por la más imprevisora impunidad, produce sus naturales efectos de perversión (con acento) intelectual y corrupción

moral... y dan lugar (produce y dan lugar) á la propagación...»

¿Les parecen á ustedes bastantes acabados en ón (con acento)? Pues todavía hay una desolación (también con acento) muy cerca.

Pues ¿y lo de la más... por la más?...

Y también hay aquello de «En España toda, en Madrid como en Barcelona, en Andalucía como en la Montaña (?) circulan diaria y profusamente millares de diarios y hojas sueltas, cuyo sostenimiento apenas se comprende, en los que cuanto hay de más sagrado y respetable se ataca cínica y descaradamente un día y otro día.»

¿Querían ustedes más días, más diarios y diarias en un párrafo sólo?

Pues también este marqués hace versos; y también sin querer, como el otro. Verbigracia:

«Si con la reproducción (con acento) de sus sueltos pudiéramos manchar las columnas de este diario, si su lectura pudiese efectuarse sin protestas y sin escándalo en las cámaras ó en cualquier otro sitio autorizado y público, los lectores de La Unión verían...» etcétera;

que me parece que ya basta con lo copiado, para dar idea de la facilidad con qué versifica este marqués cuando no quiere. Con la misma facilidad con que habla de la «indolencia que se disfraza con el nombre de libertad y que en vano quiere cohonestarse (¿ella? ¡quê indolencia más activa!) alegando que igual impunidad, igual tolerancia concede, aun á lo que, á su juicio, son excesos, y excesos escandalosos y culpables en opuesto sentido.»

¿Van ustedes entendiendo algo? Pues el que lo entienda, que me haga el obsequio de decirme, aunque sea por el correo, para que tarde en llegar la carta ó no llegue nunca, qué cosa son esos excesos escandalosos y culpables en opuesto sentido.

Copiando de algún formulario, recetó un cirujano de pocos estudios una cantárida, de este modo:

«Récipe: De emplasto vegigatorio..... uno. De esta figura. Espinosa.» Sin marcar figura ninguna en el papel.

—Mira—le decía luego el boticario de la villa, que era persona de buen humor, al mozalbete de la aldea que le llevaba la receta pidiendo la cantárida,—tienes que volver á tu pueblo por el cirujano...

—Pero, ¿hace falta, señor?—preguntaba el muchado sorprendido.—¡Pues si me dijo—añadía—que no necesitaba traer más que este papel!...

—Sí, pero ya ves—insistía el boticario, mostrándole la receta al mozo:—dice que la cantárida sea «de esta figura... Espinosa.» ¿Espinosa será el cirujano, eh?

—Sí, señor.

—Pues no hay remedio; tienes que traerme al cirujano para ver qué figura tiene y hacer la cantárida de la misma figura.

Otro tanto nos va á suceder aquí. Vamos á tener que buscar al marqués de Pidal para ver cómo tiene el sentido ó que sentido tiene, y averiguar por aquí cómo son los excesos en sentido opuesto.

Tras de lo cual, es decir, tras de aquello de los excesos en opuesto sentido, la emprende el pobre marqués con furor de energúmeno contra los carlistas que son, á la cuenta, el otro mal que reina con la fusión, acusándoles de todo lo adverso que les sucede á los conservadores y á los obispos amigos suyos y á la cofradía de la casa Artrarena, y trinando en versos de todos calibres, hasta el heroico. De esta figura, como decía el cirujano de la cantárida.

«Más ó menos ostentosa manifestación política, esta desobediencia escandalosa y continua en que se vive...»

Y habla luego de los que hablan

«el mismo lenguaje que antes de la Encíclica *Cum multa*, reducida á letra muerta...»

Después dice que «el mal no se limita sólo (dos albardas) á la prensa, sino que ésta

con el influjo que tiene sobre todo cuando halaga las pasiones lo va haciendo llegar á las regiones que más escrupulosa obediencia debían prestar á las prescripciones...»

Y aun habla de perturvaciones diciendo que «aun no los hemos señalado todas» y del «palla-dium (palla... ¿qué?) de las libertades públicas» y de que «no es sólo la modificación de las leyes lo que es necesario, sino ante todo la severidad y vigilancia de la autoridad y de la opinión sobre la recta administración...»

Y más adelante dice que «no abandonemos, pues, los resortes de todo...» y se mete en francés para condenar el laisez faire (con una ese sola) laiser paser (también con una ese sola el laisez y el passer, y el primero además con una r en lugar de una z), como para probar que tan incompetente ó tan conservador es en francés como en castellano, y concluye execrando la abdicación y ponderando la previsión.

¿Pero no es verdad que hacen estos dos marqueses buena pareja? ¿Cuál de los dos escogerían ustedes, dándoles á escoger?...

¡Ah!...¿Se quedaban ustedes sin ninguno, eh? Pues yo lo mismo.



XXIII



resucitara Guttenberg y viera para lo que sirve muchísimas veces su invento prodigioso, tengo para mí que inmedia-

tamente se volvía á morir de disgusto.

¡Vaya si se moría!

Sobre todo si llegaba á encontrarse con un folleto de mala muerte, titulado: En la calle de Toledo, sainete lírico, letra del barón de Cortes, música... etc., que la música no nos hace al caso.

Porque, figúrense ustedes que al ilustre hijo de Maguncia (no de Mayenza, como suelen decir los Pidales y los Ramoncitos Nocedales y todos los malos traductores), figúrense ustedes, repito, que el ilustre hijo de Maguncia, que se murió imprimiendo la Biblia, viniera á Madrid, y no

habiendo aprendido castellano por la gramática de la Academia, es decir, sabiéndolo bien, se encontrara con el sainete del barón de Cortes... y empezara á leerle...

¡Ah! Para mí es indudable que caía redondo.

¡Como que á mí mismo me ha faltado poco para caer!

¡A mí, que cuando tropecé con el sainete sabía ya que el barón era jefe ó administrador de la Imprenta Nacional, y director obligado de la Gaceta de Madrid en todo tiempo de conservadores!

Y, es claro, lo que yo me decía al abrir el folleto: Cuando Cánovas, que escribe tan mal, y Romero, que no escribe ni mal ni bien, nombran á este barón director de la *Gaceta* siempre que mandan, teniendo por otra parte á su servicio tan malos escritores como Pepe Cárdenas y como Mariano Catalina, necesariamente ha de escribir muy mal, muy mal, este barón de Cortes.

Pues todavía, después de hacerme esta reflexión, y después de haber saboreado los ripios de todos los duques, marqueses, condes y vizcondes precedentes, abrí el libreto del sainete lírico del barón y... se me cayó el alma á los pies.

El alma y el libreto. Porque la verdad es que no pude acabar de leer la primera estrofa, ó cosa así, sin que se me cayera de las manos.

Después le volví á recoger, eso sí, y con paciencia digna de mejor causa, apuré la copa de

los ripios y de los disparates del señor barón hasta las heces.

O sea hasta estos versos que canta Blasa la planchadora:

«Y apretando así la plancha, Pero mucho y con furor, Otra vez salgo cantando, Pero siempre al mismo son,

Ay, picaronazo,
Que me llevarás,
Si estuvieras dentro
Te iba á achicharrar.
Tu irás, pecherita,
Sobre el corazón
De un embustero
Picarón y bribón.
Ton, ton.»

Así es; ton ton, es decir, tonto grande.

Porque tonto á secas es muy poca cosa para el autor que aprieta así, con furor, la plancha y sale cantando aquello de que me llevarás, que debiendo decirlo la pecherita, lo dice sin embargo la planchadora; y aquello otro de un embustero, verso cojo, porque ni á fuerza de ripios é insustancialidades, es capaz el barón de hacer versos que suenen.

Nada, que lo mismo entiende este barón conservador de poesía que de imprenta.

Y eso que en materia de imprenta el jefe de la Nacional es ignaro hasta el punto de que una vez encontró una maculatura, uno de esos pliegos que se han echado diez ó doce veces á la máquina para dar lugar á que el molde vaya tomando tinta, y empezó á reñir ásperamente á los impresores, porque sacaban aquella impresión tan borrosa.

Pero volvamos al sainete de la plancha.

O de las planchas, porque el señor barón hace muchísimas.

En verso y en prosa.

Sólo que de la prosa no quiero hablar mientras haya verso.

Especialmente siendo el verso de esta catadura:

> «Nací en Cais la flamenca En el barrio de la Viña, Y por nodriza me dieron Un tonel de manzanilla...»

¡Qué atroz es este barón de Cortes! Y sigue:

> «Que tú fuiste, Manzanilla Y no es grilla, Mi mamá...»

Grilla no será, pero ripio sí. Ripio tan feo y tan estrafalario como estos otros.

> «Cuando llega la fresita A Madrid desde Aranjuez, Ya le han cortado el rabito...»

¿A quién? ¿A Aranjuez ó á Madrid?

Porque si quería usted que hubieran cortado el rabo ó el rabito á la fresa, era mejor que hubiera usted dicho:

Ya la han cortado el rabito...

y al mismo tiempo cortaba usted el rabo ó el revesino á la Academia.

Y continúa lo de la fresa, que no es lo de la calle de la Fresa, aunque, por lo malo, tiene con aquella iniquidad conservadora cierto parecido.

«En las cestas con las manos La colocan...»

¡Ah! ¿Con que la colocan con las manos? ¡Qué cosa más rara!

Será para que se distinga en algo de los versos de usted.

Que no están colocados con las manos, sino con los pies, á mi juicio.

«En las cestas con las manos La colocan, y al llegar, Ya ha perdido mucho aroma...»

En esto sí que no se parecen los versos de usted á la *fresita*, señor barón; pues los versos de usted nunca pueden perder mucho aroma.

Ni poco.

Porque no le tienen.

«En las cestas con las manos, La colocan, y al llegar Ya ha perdido mucho aroma Por estar manoseá...
Conque cuidadito,
Que Blasilla aun es
Fresa en los jardines
Del mismo Aranjuez.
Tienes razón.
Las manitas quietas...»

¡Cuánto diminutivo! No parece más sino que este barón ha estudiado con aquel marqués de Molíns del tordillo, el cervatillo y el sombrerillo...

Pero aun más.

«Iré yo con el cura Al Real Sitio Y cogeré la fresa Con mis deditos: Y ya cogida...» etc.

A lo cual contesta la fresita:

«Si con cura y monago Vienes al Sitio, Dejaré que me cojas Con tus deditos...»

Y todo es así de esta facha. Menos esta seguidilla, que es peor, si cabe:

> «Esta noche ha llovido Y hay mucho barro, Por eso las enaguas Yo me arremango...»

No, pues no se arremangue usted tanto, señor

barón, porque se le ve á usted demasiado la pata.

Es de advertir, después de todos los versos leídos, que el sainete del barón de la *fresita* lo mejor que tiene es el verso; porque la prosa aun es más mala, y fuera del verso y de la prosa, el sainete no tiene argumento, ni chiste, ni sentido común siquiera.

Allá va otro esperpento:

«A los pies de usted, D. Lila...»

En el sainete del barón hay un personaje que se llama D. Lila ó Mister Lila. ¡Intuiciones!

«A los pies de usted, D. Lila. ¿Cómo sigue, cómo sigue la mamá? Está haciendo mucho frío, Y le abriga, y le abriga poco el frac. Un huevito y un merengue Le podía, le podía hacer provecho: Es una cosa muy sana Y muy buena, y muy buena para el pecho.»

¡Vamos! ¿Es posible decir más tonterías y más prosaísmos y más dislates?

¡Si estoy asustado, señor barón de Cortes! Asustado de que no sea usted más que director general.

¡Si escribe usted por lo menos tan mal como Cánovas!